

ALGUNAS BASES
TEÓRICAS SOBRE
“VIOLENCIA”



Para iniciar este capítulo, se considera necesario mencionar que en la actualidad, nuestro país,— al igual que la realidad mundial — se encuentra viviendo varias situaciones que afectan a la población con manifestaciones de violencia muy marcadas representadas en guerras, en asesinatos, en secuestros y otras situaciones de tensión.

En nuestro territorio también es muy frecuente encontrar en la cotidianidad, manifestaciones de violencia. Hoy como en otras épocas de la historia colombiana, el ejercicio de la violencia tiende a generalizarse con sus múltiples hechos, manifestaciones, actores, víctimas y escenarios. Sin embargo, es necesario recordar que la violencia en Colombia no es un fenómeno reciente, producto de una sociedad moderna. Si se pensara un poco en un breve repaso por la historia de nuestro país se evidenciaría la paralela consolidación de una cultura enfrentada a la dominación y a la intolerancia, a la diferencia, cuya esencia se basa en la apropiación irracional y el irrespeto a la persona y a su vida (Armenta, 1999).

La violencia es claramente un acto de agresión contra otra persona. Si se está hablando en términos de violencia entre personas, eso quiere decir que, en un conflicto se haya implicado más de una persona. Se presenta entonces una relación combinada víctima-ofensor. La mayoría de las veces, la violencia se encuentra dirigida hacia una persona particular o a un grupo particular (Gunn, 1976). De esta forma, parece difícil tener que aceptar que solamente es violento el acto que culmina con algún daño físico o

hasta la muerte, y con ello se excluyen otros tipos de agresión de orden más psicológico y simbólico (Camargo, 1997).

No toda violencia es perniciosa ni objetivamente dañina, ya que existe un potencial el cual es ejercido efectivamente dado como defensa o para la realización de fines esenciales de los individuos, constituyendo de esta manera una reacción natural. Todos los seres vivos sienten el deseo de expandirse, de tener más, de crecer, y estas pretensiones, la mayoría de las veces, solamente pueden realizarse a costa de los otros (Rivarola, 1993).

También se encontrarían ciertas formas de violencia que se hallan justificadas y que son necesarias. Por ejemplo Cristo, quien predicó doctrinas netamente pacíficas, se lo encuentra en cierto período de su vida estallando en un fuerte comportamiento violento con los mercaderes de su pueblo. Este tipo de violencia ilustra el hecho de que para varias doctrinas humanas llega un punto en el que se justifica el uso de la violencia (Gunn, 1976).

Galtung (1985) citado por Fernández (s.f.) presenta una definición de violencia, entendiendo por esta como “algo inevitable que obstaculiza la autorrealización humana explicando que las personas sufran realizaciones afectivas, somáticas y mentales..... por debajo de sus realizaciones potenciales”. Por otro lado, Planella (1998), citado por Fernández (s.f.), considera la violencia como una situación en la cual dos o más individuos

se encuentran en una confrontación en la que una o más personas sale perjudicada, siendo agredida física o psicológicamente.

Todo conflicto que se presenta entre los seres humanos, posee además una vía dialogada y negociadora, pero para esto es necesario aprender a reconocer a un otro como semejante y además comprender que la cooperación es más fructífera que la confrontación violenta. La violencia tiene lugar en el momento en que, dada una confrontación de intereses, uno de los protagonistas se coloca en un lugar de dominio y prepotencia, dejando al otro en un lugar de impotencia, viéndose obligado a la sumisión. El esquema psicológico de la violencia tendría que ver con un modelo de dominio-sumisión (Ortega, 1997).

El mecanismo de la violencia se presenta en todos los contextos, en todos los niveles del sistema social, en todos los países, en todas las culturas, y cotidianamente lo podemos observar en lo que los medios de comunicación presentan todos los días mencionando manifestaciones de violencia como las masacres, los secuestros, los encuentros armados entre soldados, terrorismo, maltrato a niños, entre otros escenarios, los cuales experimenta hoy nuestro país. Se observa que es un tema que se presenta en la cotidianidad y que sus manifestaciones pueden ser múltiples (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

Para la mayoría de los comportamientos que son propios de los seres humanos - o por lo menos se compartirían además varios

con los animales, teniendo en cuenta dicha comparación con la parte instintiva del ser humano -, se han tomado como referencias las observaciones que se realizan sobre los comportamientos de las demás especies animales en sus hábitat naturales. Por esta razón, si lo que se pretende examinar es el mecanismo de la violencia en el hombre se podrían considerar, quizás algunas de las diferencias entre la violencia humana y animal. Como primera instancia se tendría en cuenta el hecho de que, en los seres humanos, se la aplica de una forma más “inteligente”, o por lo menos racional para un fin; segundo, se observan también mecanismos psicológicos especiales y sutiles disponibles en la raza humana que alteran la violencia en determinadas situaciones; tercero, la violencia, vista en un nivel mas grupal, evidencia un marcado grado de cooperatividad; cuarto, las herramientas utilizadas son empleadas de una manera bastante eficaz; y quinto, algunos mecanismos inhibitorios que son utilizados por muchas especies con el fin de evitar derramamientos de sangre en algunos encuentros antagónicos, o se encuentran débilmente desarrollados en el hombre o tal vez otros mecanismos los transformen en ineficaces (Gunn, 1976).

Seguidamente, se abordaría dicho tema desde una perspectiva de corte ambiental, en la cual se tendría en cuenta como premisa fundamental, el aprendizaje, con lo que se puede mencionar que un aspecto que se encuentra fuertemente influido por el aprendizaje es el predominio, ya sea en la esfera individual

o a nivel colectivo de la violencia, incluyendo el uso o amenaza de uso de la fuerza física (aunque también se puede observar violencia verbal). La violencia, también entendida como esa agresividad súbita y explosiva y que emplea el uso de la fuerza, no es considerada por todo el mundo como un fenómeno negativo ya que, por ejemplo, con los movimientos revolucionarios, exaltan la violencia como medio para alcanzar sus ideales (Kogan, 1994).

El desarrollo humano siempre va a encontrarse influenciado por la crianza y educación proporcionada por el ambiente y por los adultos experimentados en una determinada sociedad. En los primeros años, se depende enteramente de otras personas, lo que conlleva a que se necesite ser atraídos hacia ellas, tal sería el ejemplo de las manifestaciones de amor, ya que se aprendería a amar a los demás en etapas posteriores de nuestro desarrollo, pero si en los primeros años de vida este aprendizaje resulta deficiente, la habilidad de amar resultaría incompleta (Gunn, 1976).

Se observa de esta forma cómo se hace referencia a la gran influencia que tiene el medio como método de aprendizaje para cierto tipo de comportamientos. Así, se podrían reforzar los comportamientos violentos en el ser humano. Gunn (1976) menciona como uno de los mecanismos para la adquisición o formación de comportamientos violentos el “aprendizaje por imitación” que consiste en un proceso humano educacional muy poderoso. Muchos criminólogos sostienen la teoría de que el

adulto cruel y violento ha adquirido tales características de sus padres.

Una de las caras que este tema tiene es la intrafamiliar; la familia puede ser el vehículo para descargar las frustraciones y limitaciones sociales del individuo, quien la utiliza para ejercer poder sobre los débiles. En el espacio familiar también se dan formas de violencia subjetiva, lo cual conlleva a que se reproduzcan esquemas que generan violencia en otras instancias sociales (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

Teniendo en cuenta los anteriores planteamientos, se esperaría que niños que viven con padres violentos sean propensos a producir comportamientos violentos. Un niño que se encuentre en contacto con un padre que reacciona violentamente ante ciertas circunstancias en su hogar, en su trabajo o en su barrio, tenderá a emular el modelo paterno. Sin embargo, en el estudio de McCord, y Howard (1961) sobre los correlatos familiares de la violencia en niños delincuentes, se refiere el hallazgo de que, aunque lo que se esperaba era encontrar que niños con padres violentos presentarían a su vez bastantes conductas de tipo violento, en su estudio encuentran que dicha tendencia no alcanzaba a ser significativa.

De todas maneras, es muy probable que cualquier tipo de ejemplo agresivo fijado por los adultos o pares sea seguido de un comportamiento similar en el niño. De esta forma, la televisión

cumpliría un papel importante ya que este es un medio en el que se transmite mucha violencia y se encuentra altamente difundida dentro de las comunidades con su alto poder de influencia en un alto número de personas al mismo tiempo (Gunn, 1976). Se puede observar esta gran influencia de la televisión en los juegos de los niños cuando se juega a matar (*Rambos, Karatekids*, en los roles de las pandillas de barrio) y que se interpretan perfectamente en las horas de recreo (Valdés, 1991).

En la difusión de los medios de comunicación con relación a la violencia, el mensaje que pareciera transmitirse tiene que ver con la emisión implícita o explícita de que es difícil llegar a una negociación en casos de conflictos y que lo más efectivo y conveniente es imponerse y dominar. Si se realiza una reflexión al respecto, este es el mensaje típico de innumerables ficciones cinematográficas o televisivas, en las cuales se suele asociar superioridad física, justicia y éxito, actuando como refuerzo de la violencia (Kogan, 1994).

Sin embargo, el aprendizaje vicario de la violencia que es difundido por los medios no es suficiente por sí solo para dar cuenta del aumento de las conductas violentas en la sociedad (Ledesma, 1980).

También tendríamos la visión de la violencia desde una perspectiva de orientación psicoanalítica, la cual refiere que existen mecanismos mentales que actúan en nosotros, en la vida

estas manifestaciones cotidianas tales como el amor, el odio, y la ira pero que es necesario encontrarlos para expresar o llevar estas manifestaciones a una descarga sin que sean exteriorizadas directamente; es necesario reencausar tales sentimientos con el fin de transformarlos y tomar los socialmente aceptables. La teoría psicoanalítica hace referencia al mecanismo de la “sublimación”, mecanismo en el cual la energía, en este caso una energía agresiva, es transformada en una forma más aceptable antes de ser descargada. Una persona que se encuentre muy furiosa con alguna situación frustrante, puede emprender una tarea de trabajo o creando una obra de arte, en lugar de descargar esa furia en violencia.

Otros mecanismos relacionados con el estudio de la violencia (así como también de la agresión) son la represión, la formación reactiva, el volverse contra sí mismo y la proyección (Gunn, 1976), mecanismos que en el presente libro no es necesario llevar a una explicación más profunda.

Respecto a los interrogantes acerca de si la violencia podría ser considerada en el orden de lo individual o lo grupal, se está generando la categoría de *institución* como un instrumento necesario de trabajo, ya que a partir de ella, las Ciencias Sociales han intentado dar cuenta de ciertos procesos que, por medio de las leyes y los procesos que regulan las normas, controlan las formas de articulación de la vida social. Asumir la violencia en la manera particular que esta tiene para anudarse en la experiencia vital de

cada persona, conduce directamente a interrogar a las instancias que pueden llevar a mediar entre lo que podría llegar a considerarse como individual o como grupal y colectivo (Alvarado, 1995).

De esta forma, la violencia es concebida como un fenómeno que trasciende la simple conducta individual para convertirse en un proceso interpersonal porque afecta al menos a dos protagonistas: quien la ejerce y quien la padece (Ortega, y Mora-Merchán, 1997 p. 11).

La violencia constituye una de las realidades más preocupantes y de mayor incidencia social. Hablando en términos generales, no solamente es la violencia a nivel político la que cobra víctimas, sino que también debe ser tenida en cuenta la violencia que se evidencia en las formas de agresión en las cuales se da una imposición de dominio de unos sobre otros. En realidad, el fenómeno es presentado mediante diferentes manifestaciones y connotaciones. La sociedad en que vivimos es una sociedad violenta, en la que se presentan manifestaciones de violencia física y psicológica con el fin de demostrar y mantener las relaciones de poder, ser más que los demás, demostrar poderío, imponer ideas y formas de pensar, entre otras actitudes. (Blanco, Docal, y Villamizar, s.f.).

En la actualidad, existen formas de violencia humana que llevan a cabo un alto nivel de cooperatividad que se exhibe en el hombre. La guerra es un ejemplo evidente, ya que en esta se ven

formas de jerarquía obedeciendo órdenes de un comandante con el fin de conducir una batalla exitosamente. La guerra puede ser considerada como hostilidades violentas a gran escala, y surge de otras formas de violencia grupal distinguiéndose simplemente por su seriedad y severidad.

Lo importante para analizar en el tema de la violencia es conocer las posibles motivaciones que hacen que en las sociedades prevalezcan algunos tipos de conducta. De esta forma, varios autores se encuentran de acuerdo con la idea de que la cultura es un sistema de valores y normas que son compartidas por medio de la socialización y orientan la cultura asumida por los miembros de la sociedad (Blanco, Docal, y Villamizar, s.f.).

Los procesos de violencia suelen tener una dinámica de tipo social circunscrita a entornos que la reproducen, ya sea porque se presente en entornos donde es alimentada o ya sea porque no existan quienes puedan contrarrestar este fenómeno. Por esta razón, se puede considerar que quien tenga la poca fortuna de vivir en un barrio o estudiar en un colegio en donde un ambiente de violencia se respira en todo momento, puede verse fácilmente involucrado en este fenómeno, ya sea como víctima o como agresor “activo” de la misma sin proponérselo (Peláez, 1991). Se observa con esto cómo, la influencia del medio en el que se desenvuelve un individuo, puede contribuir en un alto grado en la adquisición de comportamientos violentos y agresivos.

Se destaca entonces la importancia del hombre tratado como animal social que vive y convive en grupos y que, ante ciertos estímulos ambientales, como por ejemplo las frustraciones, actúa con mucha frecuencia como indicadores de la violencia. Algunos de esos factores externos podrían ser el “hacinamiento”, ya que pareciera que este se ha convertido en una pesadilla contemporánea, responsable de nuestros males. Es realmente de vital importancia el poder controlar el crecimiento de la población ya que es posible que la violencia se encuentre vinculada con el hacinamiento. Así mismo, se puede observar que si se presiona a muchas personas a permanecer en un espacio fijo y reducido, habrá una mayor interacción y entonces aumenta la probabilidad de que se presenten peleas y confrontaciones entre ellas.

La violencia tanto física como psicológica puede presentarse en dos contextos: por un lado, estaría la violencia colectiva que proviene de la acción conjunta en la cual los miembros de la sociedad buscan fines comunes. En este caso, los conflictos que se presentan pueden ser desencadenados por razones de orden público. Por otro lado, encontraríamos la violencia privada, en la cual las contradicciones se manifiestan espontáneamente en la vida de las personas y de las familias, afectando a toda la sociedad.

La violencia privada ha quedado relegada a un segundo plano, contrario al primer contexto (Blanco, Docal, y Villamizar, s.f.). La razón podría estar en el hecho de que no debe olvidarse

que las formas de violencia humana realmente serias son los fenómenos grupales, siendo la guerra considerada como la más extrema. De igual manera, en cuestión de género, se observa cómo, sin duda, el género masculino pareciera ser de especial importancia en las actividades grupales y en la violencia grupal, siendo ésta una actividad casi exclusivamente masculina (Gunn, 1976).

Con relación a las posibles culturas y poblaciones en donde se daría un mayor número de manifestaciones de violencia, muchas veces se tiene en cuenta el factor de la clase social. En algunas investigaciones se ha encontrado que por lo menos en lo que se refiere a manifestaciones de violencia en áreas urbanas, estas evidencian mayor violencia entre los sectores marginados. Por ejemplo, en sectores de bajos recursos económicos, la pobreza traslada al interior de las familias, las angustias y frustraciones que genera la búsqueda del sustento diario. Por esta causa es que se puede encontrar una relación entre pobreza y violencia o más bien, se podría ver la relación entre economía y pobreza. Sin embargo, no necesariamente la violencia tiene una relación directa con la pobreza (a mayor pobreza no necesariamente sigue mayor violencia) (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

De esta manera se puede continuar con la sustentación que sobre las posibles causas se han postulado con relación a la violencia en la sociedad. Se encuentra con esto que no solamente son las condiciones de pobreza y miseria las que favorecen la

proliferación de condiciones de violencia. También estarían de antemano la escasa satisfacción y realización de necesidades fundamentales para las personas en general, como protección, afecto, participación, identidad, entre otras (Armenta, 1999).

En su libro *Marginalidad y Violencia*, Blanco, Docal y Villamizar (s.f.), proponen una serie de causas para el fenómeno de la violencia, las cuales serían:

- Socio-psicológicas - Se podría ver en este aspecto un origen genético-patológico con relación a este fenómeno de la violencia, tocando aspectos como el machismo, falta de oportunidades, incapacidad de tener relaciones afectivas.

- Económicas - Este aspecto tiene que ver con la relación pobreza-violencia.

- Políticas - Se hace referencia a temas como el debilitamiento de los mecanismos de control social, la lucha por el control de los recursos de grupos en conflicto, la crisis de la justicia, entre otros.

- Culturales - Se habla de una cultura de “violencia” con relación a la “Modernidad”, con la pérdida de valores religiosos que no son reemplazados por una ética civil.

Otra de las posibles razones de la violencia en general que mencionan estas autoras, tiene que ver con la consideración importante de las ansias de poder, la búsqueda de reconocimiento

y la imposición de formas de pensar o de ideas. De este modo, se daría un autoritarismo el cual se impone de manera violenta, por ejemplo, en la relación del maestro hacia el alumno, o de un niño hacia otro niño.

De similar forma, la pertenencia de la cultura al orden social, permite plantear que la violencia se presenta no como lo propio de una cultura determinada, sino como un resultado del impedimento de la experiencia cultural como producción de sentido, esto quiere decir, que no es preciso explicar la violencia no ya desde la idea de una cultura de la violencia que instaure hábitos culturales agresivos sino más bien, esto depende de la instauración de disponibilidades para la violencia desde la imposibilidad de la experiencia cultural. Lo importante en este caso serían las prácticas de las instituciones y no los actos de las personas (Daza, 1995).

Existen además, autores que se refieren al sentimiento de la “frustración”, para determinar otra de las posibles causas que generan comportamientos violentos. Es así como Gunn (1976), menciona este aspecto haciendo referencia a que en la vida cotidiana es posible observar que la “frustración” constituye un factor bastante importante para generar irritación en los individuos y tal vez para la adquisición de un comportamiento violento. Como ejemplo, se podría mencionar la situación en la que una persona se puede encontrar en un embotellamiento y de esta forma, no le es difícil sentir irritación y hasta tener pensamientos de violencia.

En un contexto mucho más específico, así como lo es la familia, el fenómeno de la violencia también se presenta en muchos de los hogares de nuestro país. Al parecer existe en familias donde se presentan condiciones y dinámicas basadas en métodos jerárquicos y autoritarios, cobrando víctimas más débiles como las mujeres y los niños. En la ciudad de Bogotá por ejemplo, los hechos de violencia en contra de las mujeres tienen consecuencias alarmantes, no solamente para ellas, sino también para sus hijos. A pesar de que se han llevado a cabo estudios para establecer correlaciones entre el estrato social de las familias y el nivel de violencia presentado en los hogares, no se encuentran datos que muestren una correlación significativa entre tales variables.

Sin embargo, Profamilia, ha llevado a cabo encuestas en las cuales se encuentran resultados que muestran dicha correlación teniendo en cuenta dos aspectos: el primero, tiene que ver con el nivel educativo de las mujeres y el segundo, con la ocupación del esposo. Con relación al primer aspecto, cuanto menor es el nivel educativo, mayor es la proporción de mujeres agredidas física o psicológicamente. En cuanto al segundo, se evidencia que los esposos de las mujeres golpeadas o insultadas en su mayoría se ocupan en labores de comerciantes, trabajadores de los servicios, trabajadores agropecuarios, conductores (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

De esta forma se puede observar que las manifestaciones de violencia en la sociedad, pueden ser estudiadas desde muy diversos aspectos, teniendo en cuenta diversas variables de estudio, para llegar a posibles hipótesis sobre las causas que conllevan a comportamientos violentos, ya sean presentados a nivel social, cultural o familiar.

Como se han venido describiendo hasta este momento las diferentes perspectivas que se presentan para abordar el tema de la violencia, se evidencia que, forma parte de la cotidianidad tener un acercamiento directo o indirecto con manifestaciones de violencia en la sociedad. Se han realizado estudios que tienen que ver con mecanismos que son empleados para contrarrestar las conductas violentas en los seres humanos, y si estos mecanismos son iguales o similares a los que pueden presentar las demás especies de animales, con el fin de que en ciertos enfrentamientos, ningún participante salga herido de gravedad.

Es de esta manera como los etólogos, mediante sus observaciones se dan cuenta de cómo, cuando dos animales se encuentran luchando, uno de los dos adopta una postura de sumisión, la cual conlleva a que el contrincante conozca que él ha sido el vencedor y se da fin al enfrentamiento violento. Son diferentes las posturas de sumisión que puede adoptar el vencido: puede empuñarse, acurrucarse, escapar, entre otras, con el fin de inhibir el ataque del otro.

En el hombre, también es posible observar un gran número de posturas autoprotectoras para contrarrestar los graves efectos que podría presentar un encuentro violento. Tales posturas pueden ser inclinándose, arrodillándose, colocar las manos levantadas por encima de la cabeza y otras más. Sin embargo, en los humanos, tales mecanismos no siempre cumplen con su objetivo de inhibir el comportamiento violento en el otro y dar por culminado el conflicto, ya que los adversarios, a pesar de observar dichas conductas de sumisión pueden dar muerte cruelmente a algunas de sus víctimas (Gunn, 1976).

Es así como se puede observar que los mecanismos de violencia en los seres humanos, funcionan quizás con una lógica diferente a la de las demás especies animales, dando por sentado que tales mecanismos inhibitorios de comportamientos violentos en un conflicto, no siempre dan resultado y se presentan a pesar de todo, graves consecuencias para la salud e integridad de un ser humano.

Como se menciona más arriba, para llevar a cabo un buen análisis de lo que implica la violencia, sería necesario tener muy en cuenta que lo importante es conocer las motivaciones que hacen que en las sociedades prevalezcan algunos tipos de conducta, en este caso, las referidas a comportamientos violentos.

Las personas quienes analizan el fenómeno de la violencia a nivel macro, tales como sociólogos, antropólogos, historiadores,

confirman que hay un escaso conocimiento cuando se refieren a los vacíos en la investigación y comprensión del impacto sociocultural de la violencia (Camargo, 1997).

Con los breves comentarios que se presentaron anteriormente sobre las diferentes posturas que se tienen para abordar el tema de la “Violencia”, se puede llegar a concluir que se considera necesario mencionar que este fenómeno es visto como un hecho común en nuestras vidas y no como una excepción, pero lo que se tiene que aclarar es cómo, por qué y dónde se presenta, con el fin de identificarla y crear los mecanismos, competencias y responsabilidades para combatirla (Armenta, 1999).

La violencia es considerada en sentido estricto, el comportamiento más antidemocrático que existe, ya que supone coerción, abuso y dominio prepotente de una persona sobre otra, o de un grupo sobre otro. Siempre se tiene la oportunidad de observar conflictos, pero la reflexión sobre la violencia estaría encaminada a pensar sobre si la educación y la formación de las personas está orientada a llevar a las personas a enfrentarse a los conflictos de forma negociada, solidaria, justa y democrática (Ortega, 1998).

Como se mencionó anteriormente, aunque se establece en varias ocasiones que los niveles de violencia entre las familias o comunidades pequeñas, tienen una alta relación con los niveles socioeconómicos, es decir, se presentaría en mayor medida en

los sectores de más pobreza, también se observa además que la pobreza no debe entenderse como un problema económico únicamente, y que por esta razón se registrarían mayores niveles de violencia. Existen también aspectos que trascienden el ámbito económico como lo son la cultura, las instituciones sociales, la política y la historia (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

Se menciona con lo anterior, los aspectos que tienen que ver con los análisis que se hacen al respecto del fenómeno de violencia en general, pero también se puede observar que la violencia puede presentarse en contextos e instituciones que no se encuentran a un nivel macro, en la sociedad. Tales contextos pueden relacionarse con la familia, el barrio, la escuela, entre otros entornos. Por esta razón, es necesario plantear ahora la presentación de dicho fenómeno en el contexto escolar, ya que éste es un ámbito importante en la formación de las personas, como ciudadanos.

Tanto la escuela como la familia, son contextos en los cuales se pueden presentar manifestaciones de violencia y maltrato infantil, ya sean estos comportamientos violentos entre pares o en dirección adulto-niño. Los castigos extremadamente estrictos, los gritos, los insultos, las respuestas déspotas, la sobreprotección que limita la autonomía en los menores, son formas de maltrato infantil imposibles de medir, pero que se presentan diariamente en los hogares y en los centros educativos (Blanco, Docal y Villamizar, s.f.).

